
PASADO Y PRESENTE DE LA CIENCIA POLÍTICA EN ESTADOS UNIDOS*

David Easton

Antes de iniciar este recorrido por la ciencia política en Estados Unidos, sería útil tener una idea de lo que esta disciplina abarca. ¿Cómo debemos definir su campo de estudio?

La ciencia política ha sido definida de muchas maneras: como el estudio del poder, del monopolio del uso legítimo de la fuerza, de la búsqueda del mejor modo de vida, del Estado, etcétera. Un elemento distintivo de la ciencia política occidental es la falta de consenso para definir de la manera más acabada su objeto de estudio. Por motivos que he analizado ampliamente en otro trabajo (Easton, 1981a), he decidido caracterizar a la ciencia política como el estudio del modo en que son tomadas las decisiones en una sociedad determinada y su relación con la mayoría de la población. Esto implica que tratar de comprender la vida política significa dedicarse al estudio de la asignación autoritativa de los valores (las cosas a las que se confiere valor) en una sociedad en su conjunto.

Los politólogos son, pues, diferentes de los economistas, los antropólogos o incluso los sociólogos y demás científicos sociales; pero como tales, estamos interesados en todas aquellas acciones e instituciones sociales que tienen que ver en mayor o menor grado con el modo en que las decisiones "autoritativas" son tomadas y actuadas, así como con las consecuencias que pueden generar (Easton, 1981b). Hasta aquí tenemos una descripción de lo que podemos llamar sistema político y sostener que esta definición ha prevalecido entre la mayoría de los politólogos durante el último cuarto de siglo.

*Tomado de *International Political Science Review*, vol. 6, núm. 1, 1985, pp. 135-152. Traducción de César Cansino y María Teresa Mira Hatch, con autorización del autor. Revisión final de Karla Valverde Viesca.

Sobre la base de esta concepción del estudio de la política intentaré examinar lo que ha sucedido en la ciencia política occidental, especialmente norteamericana, durante el siglo xx. La disciplina ha pasado por cuatro fases, cada una con características propias que han sido incorporadas y, ciertamente, mejoradas en la fase sucesiva: la fase formal (legal), la tradicional (informal o pre-conductivista), la conductivista y la post-conductivista.

Las fases formal y tradicional

En la segunda mitad del siglo XIX, la ciencia política dio sus primeros pasos basándose en la convicción de que una vez descritas las leyes que gobiernan la distribución del poder en un sistema político, se recabaría un conocimiento preciso de cómo funcionan las instituciones políticas. Los estudiosos de la política suponían que existía una correlación muy estrecha entre lo que prescriben las leyes y las constituciones acerca de los derechos, y los privilegios de las diversas personas con cargos políticos y el modo cómo éstas se comportaban en tales cargos (Eckstein, 1966).

Al finalizar el siglo XIX, Walter Bagehot en Inglaterra, seguido de Woodrow Wilson en los Estados Unidos (primero como estudiante y después como profesor), realizaron un importante descubrimiento: con sorpresa encontraron que en torno a la estructura formal de las dependencias e instituciones políticas existían un gran número de conductas y organizaciones informales capaces de ejercer poder sobre los procesos decisionales. Bagehot, Wilson y otros identificaron tales formas de poder en los comités informales de los parlamentos y en los partidos políticos. Posteriormente, otros estudiosos añadieron a esta lista a los grupos de interés o de presión.

Estos descubrimientos señalaron el inicio de una nueva fase en el desarrollo de la ciencia política. Desviaron la atención de las estructuras legales y formales a las prácticas informales que circundaban tales estructuras. Este cambio ocurrido a finales del siglo XIX, tuvo sus mayores efectos a partir de 1920. Quienes se formaron en Estados Unidos entre 1920 y 1940, estuvieron ampliamente expuestos a la llamada ciencia política *tradicional*, hoy identificada con la segunda fase de la investigación política del siglo xx. Durante este periodo, se dedicaba, en los programas universitarios, gran atención al funcionamiento de los partidos políticos, a su impacto en el Congreso o en el Parlamento y al crecimiento, en Estados Unidos, de los grupos de presión u

otros tipos de organizaciones. Arthur Bentley (1908) fue el primero en atraer nuestra atención sobre los grupos y en analizarlos con profundidad, aunque su obra permaneció ignorada en aquel tiempo, más tarde sería recuperada y continuada con nuevas formas por Pendleton Herring (1929) y David Truman (1951).

Desde el punto de vista del método, la fase tradicional se caracterizó por prestar más atención a la mera descripción y recopilación de datos sobre los procesos políticos, que a teorizar cómo funcionaban, aunque alguna teoría latente orientaba la investigación. Si bien muchos de los estudiosos de aquel periodo no estaban conscientes de ello, veían a los procesos políticos como un gigantesco mecanismo para tomar decisiones, y éstas — como sostenía Merle Fainsod (1940: 298)—, eran producto de un “paralelograma de fuerzas”.

Esto significa que cuando las decisiones debían tomarse, tanto en la instancia legislativa como en la administrativa, eran vistas como subordinadas a un vasto conjunto de presiones de diversos grupos en la sociedad, tales como: los partidos políticos, algunos sectores de la burocracia, grupos de intereses y la opinión pública, entre otros. Tales presiones interactuaban recíprocamente formando un paralelograma de fuerzas que habría generado, mediante contrataciones, negociaciones, adaptaciones, compromisos y ajustes (términos comúnmente usados para describir los procesos en cuestión), algún punto de equilibrio válido en aquel momento y lugar. Este punto de equilibrio habría generado una cierta política; o bien, la política podría ser definida como el punto de equilibrio entre las diversas fuerzas que presionan a los encargados de tomar las decisiones. Si en un momento determinado por cualquier razón, una de estas fuerzas hubiese tenido que cambiar —por ejemplo, por una transformación en la estructura económica o en los comportamientos sociales, o bien en el de los que ocupan papeles decisivos—, se hubieran podido desarrollar nuevas demandas para la adopción de una nueva política o para la modificación de las anteriores. En este caso se iniciaría nuevamente la pugna entre los distintos grupos para influir en las políticas públicas y se llegaría a un nuevo punto de equilibrio (Easton, 1981a). Como he subrayado, la teoría del equilibrio permanecía sólo de manera latente en la literatura.

Los métodos de investigación típicos del periodo tradicional no fueron menos informales que sus bases teóricas. Se recurría muy poco a métodos especiales de recopilación o análisis de datos. Los métodos no eran considerados problemáticos o como un campo que necesitase de atención particular o de capacitación técnica. Cada uno estaba igualmente dotado para recopilar y analizar informa-

ciones en torno a la política. De allí que faltaran métodos formales o de precisión para verificar la veracidad de la información recabada o de los descubrimientos e interpretaciones basados en dicha información.

Además, a menudo era difícil distinguir si los investigadores expresaban sus propias preferencias, o si realmente describían cómo operaban las instituciones y cómo se comportaba la gente en la vida política. Afirmaciones sobre el ser y el deber ser, sobre los hechos y los valores, a menudo estaban firmemente entrelazadas.

Finalmente mi propia experiencia puede ser citada como ejemplo de la falta de coherencia teórica de la ciencia política tradicional. Como estudiante de Harvard, asistí a diversos cursos de ciencia política que trataban de historia del pensamiento político, política local y municipal, derecho constitucional, política exterior, la reglamentación gubernamental de la industria, los grupos de presión y de interés, las relaciones internacionales, los sistemas políticos extranjeros y, la formación de leyes en el Congreso. Al finalizar mis estudios me encontraba sumamente confundido. Nadie había tratado de explicarme por qué motivo mi interés por la política requería del estudio de un abanico de materias tan amplio, más allá del simple hecho de que todas ellas estaban de alguna manera relacionadas con ese algo llamado gobierno. No lograba comprender sobre qué bases la ciencia política podía ser considerada como un cuerpo de conocimiento coherente, dada la ausencia de una estructura teórica dentro de la cual sistematizar todos aquellos cursos y verificar su relevancia.

La teoría política podría haber sido un área en la cual, quizá por su nombre, esperaríamos encontrar la oportunidad para solucionar dicho problema. Sin embargo, se dedicó al estudio de la historia del pensamiento político. Dicha historia fue, obviamente, interesante e importante en sí misma, pero no satisfizo por completo una función vital de la teoría, que se aplica en disciplinas como la economía, la química o la física y se conoce como la conceptualización en partes y en el todo de la disciplina.

La fase tradicional fue, por lo tanto, una en que la ciencia política descubrió el rico conjunto de actividades informales a partir de las cuales las políticas públicas son decididas. Con todo, constituyó una fase en la que fue difícil distinguir entre las descripciones y los valores, puesto que la teoría no estaba a la altura de la promesa implícita en su nombre y el método era dado por descontado al punto de ser visto como no problemático.

La fase conductivista

Las fases formal-legal y la tradicional fueron las primeras dos fases en la historia reciente de la disciplina. A ellas les siguió la así llamada revolución conductivista en la ciencia política norteamericana que se difundió rápidamente en otras partes del mundo. Esta tercera fase, aunque se inicia después de la Segunda Guerra Mundial, tiene sus raíces en el periodo anterior. Sin duda, puede afirmarse que constituye la transformación fundamental que ha caracterizado a la ciencia política de occidente en este siglo.

Pese a la raíz común de los términos (*behaviorism*) conductismo y (*behavioralism*) conductivismo, estas palabras tienen muy poco en común y no deberían confundirse. La ciencia política nunca ha sido conductista, ni siquiera durante el auge del conductivismo. El conductismo hace referencia a una teoría psicológica del comportamiento o la conducta humana que tiene su origen en los trabajos de J. B. Watson. No conozco un sólo politólogo, aunque debe haber alguno, que suscriba esta doctrina ni que acepte la teoría psicológica de B. F. Skinner, sucesor de Watson y fundador de la escuela psicológica del “condicionamiento operante”.

La única relación entre los términos conductismo y conductivismo consiste en que ambos ponen especial atención sobre el actor humano y su comportamiento, como fuente apropiada de información para entender por qué las cosas suceden como suceden. Además, ambas concepciones admiten que una metodología basada en el método de las ciencias naturales es apropiada para el estudio de los seres humanos. Aparte de aceptar al individuo como centro de la investigación y del método científico, existen muy pocas similitudes entre las dos escuelas. Por tanto sería un error confundir el conductivismo en ciencia política (*behavioralism*) con el conductismo y sus derivados en sicología (*behaviorism*).

El conductivismo en ciencia política tuvo las siguientes características particulares. Estas características lo distinguieron de las fases precedentes en el estudio de la política (ver Easton, 1962).

En primer lugar, el conductivismo sostenía la existencia de una uniformidad comprobable en el comportamiento humano y, secundariamente, que tal uniformidad podía ser verificada mediante pruebas empíricas. En tercer lugar, mostró un deseo para alcanzar un mayor rigor metodológico en la recolección y el análisis de los datos. Sus métodos se volvían problemáticos y no podían ser dados por descontados. Cursos y textos sobre metodologías para la reco-

lección y el análisis de los datos se volvieron una práctica. La cuantificación posible y plausible encontró un importante lugar en la disciplina. El resultado fue que durante los años cincuenta y sesenta, la ciencia política alcanzó la capacidad de usar una vasta gama de técnicas empíricas cada vez más sofisticadas: cuestionarios, entrevistas, muestreos, regresiones, análisis factorial, modelos racionales, etcétera.

La cuarta característica del movimiento conductivista consistió en un esfuerzo de perfeccionamiento teórico superior al del pasado. La búsqueda de un conocimiento sistemático basado en la observación objetiva llevó a un cambio decisivo en el significado de la teoría como concepto. Tradicionalmente, la teoría había tenido un carácter filosófico, planteándose preguntas sobre la naturaleza del mejor modo de vida. En tiempos más recientes asumió un carácter eminentemente histórico, buscando explicar y rendir cuentas sobre el nacimiento de las ideas políticas en los siglos anteriores. Por otra parte, la teoría conductivista está orientada y trata de ayudarnos a explicar, comprender y, si es posible, predecir el modo en que la gente se comporta políticamente y el modo en el cual las instituciones políticas funcionan.

En este periodo una parte considerable de los esfuerzos teóricos se dirigió a la construcción de teorías empíricamente orientadas a los diversos ámbitos de análisis. La así llamada teoría de alcance medio ha buscado dar vida a amplios segmentos de la disciplina, como en el caso de la teoría pluralista, que ofrece una teoría de los sistemas democráticos; o bien la teoría positiva, como en la teoría de juegos o en la de la elección pública (*public choice*) (Riker y Ordeshook, 1973). De cualquier modo, la teoría general ha tenido un alcance más amplio, en la así llamada teoría general. Este tipo de teoría ha intentado aportar un conocimiento de los sistemas políticos en una instancia más global. La teoría estructural-funcionalista y el análisis de los sistemas representan dos de las principales tentativas teóricas en este sentido.

La quinta característica de esta fase consistió en la convicción de numerosos conductivistas de que los valores de los investigadores y de la sociedad podrían ser sustancialmente excluidos del proceso de investigación. Valoración ética y explicación empírica eran vistos como operaciones sobre diferentes géneros de proposiciones que por claridad debían mantenerse analíticamente separados y distintos. El conductivismo adoptó los supuestos originales del positivismo (como habían sido desarrollados por el Círculo de Viena al inicio del siglo) según los cuales era posible una investigación libre de valores, o normativamente neutral. Si bien algunos, incluyéndome (Easton, 1981a, capítulo 9), no compar-

timos este punto de vista, no existen dudas de que fue la posición dominante en el periodo de máxima influencia del movimiento conductivista. Como resultado la investigación en el campo ético quedó atrás en la escala de las cosas prioritarias y de interés.

El supuesto era que la tarea de los científicos sociales consistía en obtener una comprensión y una explicación fundamental o básica de las cosas. Era de esperarse, que solamente después de haber asimilado la comprensión de cómo las instituciones políticas funcionaban y cómo las personas se comportaban políticamente, era posible aplicar dicho conocimiento, de manera confiable, a la solución de problemas sociales urgentes.

La sexta y última característica del conductivismo consiste en un renovado énfasis sobre la teoría de base o teoría pura en polémica con la investigación aplicada. La comprensión y explicación del comportamiento político precederían lógicamente la utilización del conocimiento para la solución de problemas sociales prácticos. Por esta razón, la fase conductivista contribuyó a desviar el interés de los estudiosos de las reformas sociales, empujándolos a concentrarse sobre las exigencias del desarrollo científico como guía de la investigación.

¿Cómo podemos explicar la revolución conductivista de las décadas de los cincuenta y sesenta en los Estados Unidos? Claramente, fue producto de numerosas y complejas tendencias y ha sido parte de la evolución natural de la disciplina. El sentido común, estilo proverbial de la ciencia política tradicional, fundada sobre la descripción histórica y el análisis impresionista, simplemente se había agotado. Una sociedad industrial de masas en vías de desarrollo no podía afrontar sus propios problemas sociales sirviéndose de las explicaciones ofrecidas por la investigación tradicional. Demasiadas dificultades en la comprensión de los procesos y de las instituciones políticas se habían quedado sin resolver. El éxito epistemológico de las ciencias naturales y de otras ciencias sociales como la psicología y la economía que usaban métodos más rigurosos de recolección y análisis de datos, dejaron sentir la influencia en la ciencia política. Tales ciencias sugerían alternativas que llevaron el análisis político del sentido "común" hacia el sentido "científico", donde los criterios teóricos más que sociales determinan los problemas de investigación y en donde las capacidades técnicas toman el lugar de la simple descripción y de los métodos basados en el sentido común.

Pero además de todo ello, también han estado presentes procesos sociales que alentaron la introducción de la ciencia en el estudio de lo político. Durante

el período de la Guerra Fría y especialmente durante la Guerra de Corea (1950-1953) el senador McCarthy inauguró y guió en Estados Unidos una campaña de terror psicológico y legal en contra de los *liberals* y otros disidentes, en ese tiempo los estudiosos fueron objetivos particularmente vulnerables para ser atacados. El “maccartismo” logró relegar el interés en las reformas sociales y en la teoría crítica.

Desde este punto de vista, la investigación objetiva, neutral y libre de valores, representó una postura franca que garantizaba a los estudiosos un terreno útil e intelectualmente legitimado para evitar los peligros de un enfrentamiento político abierto. Lo anterior tal vez ofrece un ejemplo de la evolución del saber en el cual se obtienen ventajas insospechadas por razones inequívocas. Naturalmente, el maccartismo no tuvo nada que ver con el nacimiento del conductivismo como una nueva aproximación a la investigación política. Simplemente, representó una circunstancia histórica que hizo retroceder considerablemente el interés por las reformas sociales. Sin embargo, al hacerlo, dirigió a los estudiosos hacia terrenos políticamente menos peligrosos de la investigación básica terminando así por favorecer gradualmente el desarrollo de la ciencia política.

Existió otro factor importante, además del maccartismo, que contribuyó significativamente a apoyar el conductivismo. La prosperidad posbélica de la Segunda Guerra Mundial con el consecuente conservadurismo de los años cincuenta y los inicios de los sesenta había difundido en Estados Unidos la opinión de que la época de las ideologías había terminado. El rápido crecimiento económico ofrecía beneficios materiales a todos los estratos de la población, incluso a los más pobres. El pensamiento social crítico, incluyendo al propio liberalismo crítico, virtualmente desapareció en Estados Unidos y con ello todo raso de controversia ideológica. Daniel Bell (1960) ha expresado esta convicción en un conocido libro intitulado *El Fin de la Ideología (The End of Ideology)*.

En retrospectiva, es claro que la ideología no había desaparecido del todo y parecía superada sólo en la medida en que la ideología liberal-conservadora resultaba dominante y sin rivales en aquel momento. Esta situación, naturalmente, cambió hacia finales de la década de los sesenta con la aparición del movimiento por los derechos civiles, en favor de los negros. Pero antes de este período, las ideologías de oposición perdieron terreno o desaparecieron. La ausencia de desafíos para establecer ideologías dominantes sirvió para desviar a las ciencias sociales de los problemas sociales como fuente de inspiración

para la investigación, dirigiéndola hacia criterios internos de la teoría social, ligados a la lógica del desarrollo de la propia ciencia social. Ello dio a la ciencia social la apariencia de una torre de marfil apartada de la sociedad, al menos si se toma al pie de la letra la palabra retórica en la investigación.

Es claro que lo que desde un punto de vista social podía ser interpretado como un intento por parte de los estudiosos de substraerse de su responsabilidad con la sociedad, desde el punto de vista de la ciencia puede ser interpretado como una breve pausa de reflexión en la confrontación de sus implicaciones sociales. Esto ha permitido a la ciencia política dedicarse, en una atmósfera relativamente tranquila, a diversos aspectos técnicos que se han tornado centrales en su desarrollo, tales como: el papel de la teoría en la investigación social; la necesidad de métodos rigurosos de investigación y el perfeccionamiento de las técnicas de recolección y análisis de datos; la determinación de estándares de profesionalización entre los politólogos y los científicos sociales en general; etcétera. Resumiendo, podemos reconocer en la fase conductivista un período en el cual las ciencias sociales, sea por razones históricas o por circunstancias fortuitas, se ha preocupado por perfeccionar sus propias bases científicas, aunque el costo fue un declive significativo del interés por la crítica y el compromiso social.

La fase posconductivista

Aquello que he llamado la revolución posconductivista —nombre generalmente ya aceptado para esta última fase— tuvo su inicio en los años sesenta y es todavía vigente (Easton, 1969). Representa una profunda insatisfacción hacia los resultados del conductivismo que, si bien no ha llevado al abandono del método científico en la ciencia política, está produciendo un cambio radical en nuestra concepción de la naturaleza de la ciencia.

¿Por qué surgió el movimiento posconductivista? ¿Cuáles son sus orígenes? En Estados Unidos el movimiento ha acompañado a la así llamada revolución contra-cultura que como tal no tenía obviamente ninguna relación directa con la revolución cultural en China. La revolución contra-cultura nació en occidente y embistió también a los países del este durante el final de los años sesenta y los primeros años setenta representando en el ámbito mundial un período de cambio social. Gran parte de su liderazgo provenía de las grandes masas de estudiantes reunidos en los colegios y en las universidades de todo el mundo. En los Estados

Unidos tuvo su origen en el movimiento por los derechos civiles, especialmente después de la decisión de la Suprema Corte en 1954-1955 en contra de la segregación de los negros en las escuelas. Estuvo acompañada por el crecimiento de demandas por un mejoramiento de las condiciones de vida de los negros y otras minorías y por amplias protestas contra la Guerra de Vietnam, durante las administraciones de Johnson y Nixon. Se expresó particularmente en nuevas actitudes hacia el modo de vestir, el comportamiento sexual, el papel de las mujeres y de las minorías en la sociedad, la pobreza, el respeto por el medio ambiente (contaminación, desechos atómicos, peligros de la energía nuclear) y las desigualdades sociales. En su significado más amplio representó el despertar del mundo contemporáneo de frente a los peligros de una industrialización demasiado rápida e incontrolada, de una discriminación sexual y étnica, de la pobreza a escala mundial y de la guerra atómica.

No es el momento para discutir este movimiento en detalle. Lo que nos interesa más bien es dirigir la atención al impacto que la revolución contra-cultura, en los sesenta y setenta, sentó sobre las ciencias sociales en general y sobre la ciencia política en particular. Para los científicos sociales, el problema de fondo consistió en saber por qué habíamos sido incapaces de prever este tipo de problemas, como los mencionados, que fueron muy importantes en este período. Por otra parte, aún admitiendo que las ciencias sociales hubieran anticipado algunos de esos problemas, ¿Porqué no se hizo nada al respecto? Pareciera que las ciencias sociales simplemente se recluyeron dentro de su torre de marfil. Este tipo de problemas no podían suscitar un debate de amplio alcance sobre la naturaleza de la ciencia política y lo que habría sido.

De estos debates una cosa emergía con claridad. El compromiso original en favor de la ciencia durante el periodo conductivista, es decir los años cincuenta y sesenta, resultó fuertemente cuestionado. Algunas de las críticas del método científico reflejan argumentos bien conocidos, en gran parte heredados del siglo XIX: el comportamiento del ser humano está determinado por un gran número de variables complejas, razón por la que no somos capaces de encontrar regularidades en forma de leyes; a diferencia de los átomos, los seres humanos no están determinados, tienen libre albedrío y por tanto, no pueden ser previstos ni siquiera sobre bases probabilísticas. Aún más, aunque los métodos de las ciencias naturales han tenido gran éxito epistemológico, ésto derivaba del hecho de que se ocupan de objetos inanimados. Los átomos, por ejemplo, no tienen sentimientos ni intenciones que, por su misma naturaleza, sean imprevisibles e inaccesibles a la observación y a la predicción.

Otras críticas a la ciencia fueron dirigidas a su pretensión positivista según la cual la investigación conductivista estaba libre de valores. Como ya hemos señalado, algunos científicos sociales habían decretado incluso el “fin de las ideologías”. Con el movimiento contra-cultura tomó cuerpo la tesis de que toda investigación social en realidad está ideológicamente contaminada. La afirmación de la reivindicación de la neutralidad valorativa de las ciencias sociales, era posible sólo porque había asumido el matiz ideológico del *status quo* (representado por el liberalismo burgués) y se identificaba con la estructura de poder existente. Es decir, sus premisas ideológicas coincidían con lo ya establecido y se confundían con las posiciones dominantes en aquel momento. El reclamo a la objetividad falsa aparecía subordinada a los intereses de lo establecido y parecía servir para justificar el retiro de los científicos sociales y de la investigación de los problemas sociales más urgentes, permitiendo así al *status quo* no ser puesto en discusión.

Este ataque a los presupuestos ideológicos del método científico en el estudio de la sociedad se ha ampliado hasta volverse un desafío de carácter general a las premisas epistemológicas y ontológicas de la investigación social. En un libro ampliamente difundido, *La Estructura de la Revolución Científica* (*The structure of the scientific revolution*) de Thomas S. Kuhn (1962), se avanza la tesis de que toda la ciencia, ya sea natural o social, es esencialmente un proceso irracional. En este libro el progreso científico ya no es considerado como el producto de una gradual acumulación de conocimientos; el progreso sólo representa el paso de un paradigma consolidado, o de un conjunto de concepciones ideológicas, a uno nuevo, por una variedad de razones explicables. Desde este punto de vista, la historia de la ciencia aparecía como un cambio casual de un conjunto de (premisas) que guían la investigación a otro.

No obstante el impacto inicial de este libro, hoy se admite que la crítica tendiente a negar la posibilidad de todo conocimiento objetivo estaba muy lejos de lo que era necesario y plausible (Suppe, 1977). Esta crítica de cualquier forma llamó la atención sobre la necesidad de reconsiderar el modo en que se busca recoger conocimientos válidos sobre la realidad, más allá del hecho de que la investigación está condicionada por presupuestos de valor.

He señalado, sólo brevemente, los duros ataques lanzados en contra del método científico a partir de 1970, pero ellos han llevado a una seria reconsideración positivista del método científico prevaleciente durante el período conductivista en los años cincuenta y sesenta. Podemos ver el resultado de todo esto en la gran diversidad de enfoques hoy disponibles a este período. Hasta los

viej os métodos de carácter impresionista han recobrado alguna plausibilidad, como también el método de la sociología comprensiva (*verstehen*) propuesto por Weber al inicio del siglo. Además, hemos asistido al renacimiento del marxismo como vía alternativa al desarrollo de las ciencias sociales (Poulantzas, 1973; Ollman y Vernoff, 1982).

A decir verdad, los enfoques son tan numerosos que la ciencia política parece haber extraviado su objetivo. Durante los años cincuenta y sesenta, en la fase conductivista, prevaleció un espíritu mesiánico y un esfuerzo colectivo por promover y desarrollar los métodos de búsqueda científica, aunque continuaban teniendo alguna oposición. Actualmente, la ciencia política ha perdido este sentido de unidad de los fines. No existe un punto de vista dominante que pueda capturar decididamente la imaginación, especialmente de los estudiosos más jóvenes. Del mismo modo, no existe un sólo adversario de quien defenderse. La disciplina está fragmentada en sus diversas concepciones metodológicas, aunque probablemente es justo decir que la investigación científica representa todavía la corriente principal. Como veremos más adelante, lo que está en juego no es sólo la ciencia en su vieja concepción positivista, sino una nueva y menos rígida concepción de su propia naturaleza.

Más allá de haber perdido el sentido de un objetivo dinámico hacia el logro de la validez científica, la ciencia política parece haber perdido también su núcleo. Por un tiempo, se estuvo de acuerdo en que la ciencia política era el estudio de algo, como el poder, la asignación autoritaria de los valores o de la mejor forma de vida. Es decir, si esto no es visto como un modo de llevar agua a mi molino, allí existió un punto de vista dominante. Si hubiese una descripción total del objeto de la ciencia política, este se basaría en comprender que estudia la asignación autoritaria de los valores. Este es un concepto que propuse en mi libro, *El Sistema político (The political system)* en 1953 y que fue bastante aceptado.

Hoy en día, por el contrario, los estudiosos no están ya seguros de saber en qué consiste la política y quizá el problema les preocupa menos de cuanto les preocupaba en el pasado. La ciencia política como estudio del Estado, un concepto que después de la Segunda Guerra Mundial había sido desplazado por el de *sistema político*, ahora ha sido retomado. Ello ha sido acompañado por el renacimiento, al menos en la ciencia política norteamericana, de posiciones marxistas y cuasi-marxistas (Easton, 1981c) donde naturalmente, el Estado es un concepto central. Pero, ¿qué se está haciendo hoy para mantener unida a la disciplina, para darle una finalidad común y para imaginar métodos alternativos

de investigación, si es que existen? Aquí nace el verdadero problema. La ciencia política se encuentra todavía en la búsqueda de una nueva definición de su identidad, de nuevas orientaciones y de un nuevo conocimiento de sus propios fines. Claramente nos encontramos todavía en una fase de transición y es difícil predecir cuando terminará. La fragmentación y la multiplicidad de las orientaciones derivan directamente del hecho de que las teorías, los métodos y las perspectivas están todavía en discusión, es decir, se encuentran en proceso de cambio.

Podemos darnos una idea del proceso de reconstrucción que está ocurriendo, describiendo los diversos intereses y enfoques de la ciencia política norteamericana en el momento actual. Después de estar ausente de la escena norteamericana desde 1940 (aunque muy vivo en Europa) el marxismo fue reintroducido en los años setenta. Aunque, en sus métodos y teorías no haya existido una única ortodoxia, la fragmentación del marxismo europeo se refleja en su renacimiento en Estado Unidos, donde encontramos representadas a todas las escuelas marxistas: la de teoría crítica, la humanista, la cultural, la estructural y el marxismo ortodoxo. Todas estas escuelas han tenido algún impacto en la ciencia política norteamericana aunque, tal vez, el estructuralismo de Althusser y Poulantzas sean los de mayor influencia.

Parece claro que las diversas tendencias marxistas han interactuado con la investigación social norteamericana y la mayor parte de las investigaciones han tenido por lo demás sólo carácter cuasi-marxista. De cualquier modo, el resurgimiento del pensamiento marxista ha llevado a la ciencia política norteamericana hacia una renovada atención sobre la importancia de la historia y el significado de la economía, de las clases sociales y de la ideología, así como del contexto social en su conjunto (que Althusser llama *formación social*).

El filón principal de la ciencia política norteamericana se ha movido en diversas direcciones. Ha continuado el interés del periodo conductivista en las conductas electorales, judiciales, legislativas, administrativas y gubernamentales, así como en los grupos de interés, los partidos, los países en vías de desarrollo, etcétera. Pero, durante la fase posconductivista han surgido nuevos temas en la investigación política que intentan comprender los nuevos acontecimientos del periodo como la contaminación ambiental; la igualdad étnica, racial, social y sexual; y la guerra nuclear, por ejemplo.

Tratando de dar respuesta a problemas sociales urgentes como éstos, la ciencia política ha seguido los pasos de las otras ciencias sociales en un extraordinario empleo de recursos para la investigación aplicada. Esto lo percibimos por la rápida difusión del análisis de las políticas públicas (*policy*

analysis). Centenares de instituciones científicas han surgido no sólo para comprender el modo de formación e instrumentación de las políticas, sino también para contribuir a la formulación de políticas alternativas con el fin de resolver los apremiantes problemas a los que se enfrentan las sociedades contemporáneas. Tales instituciones han estudiado desde cada punto de vista los problemas de formación e instrumentación de las políticas públicas: cuáles son las elecciones tomadas en los diversos sectores; cómo se forman; que alternativas son rechazadas u olvidadas y por qué; qué consecuencias directas o indirectas tiene cada una de ellas; cómo es posible comparar tales consecuencias efectivas con aquéllas que eran sus objetivos aparentes (lo cual ha contribuido al desarrollo de un amplio subcampo de valoración de políticas públicas); cómo puede un conjunto dado de elecciones políticas influir aquellas sucesivas (proceso de retroalimentación), etcétera. Dado que los efectos de toda política no sólo se perciben en el campo político, sino también en otros sectores de la sociedad, estas instituciones de investigación han sido expresamente organizadas en torno a programas interdisciplinarios. De esta forma, la investigación política ha revivido la vieja esperanza de ver integradas a las ciencias sociales, al menos en lo que se refiere a la aplicación de sus conocimientos.

Otro punto de interés digno de señalarse y que forma parte de esta nueva orientación hacia las políticas públicas se encuentra en el renacimiento de la economía política. En el siglo XIX, mientras que la moderna ciencia política se desarrollaba, política y economía habían ya mostrado una estrecha y natural afinidad, como lo revela la obra de John Stuart Mill, que él mismo define explícitamente como economía política, y de Marx. El renacimiento de tal vínculo es atribuible, en parte, al despertar del pensamiento marxista, pero se ha dado también autónomamente, a través de los esfuerzos encaminados a reconstruir las numerosas relaciones que se dan entre el estado de la economía por una parte, y las instituciones y los hechos políticos por la otra (Frolich y Oppenheimer, 1982; Monroe, 1983).

La economía política marca así un retorno hacia la combinación tradicional de intereses comunes del siglo XIX. Pero probablemente, el cambio de perspectiva más radical se dio en un campo distinto, mismo al que llamaré ciencia política cognocitiva. El surgimiento de este enfoque refleja un intento por superar la comprensión de los fenómenos políticos exclusivamente como productos de procesos no racionales, es decir, de fuerzas sociales que influyen en las acciones y en las decisiones de los actores e instituciones políticas.

La base fundamental de la ciencia política cognocitiva supone que en el

comportamiento político existe un fuerte componente racional. Esto puede significar dos cosas: que el hombre actúa racionalmente o que podemos comprender mejor su comportamiento si adoptamos como supuesto la racionalidad.

Mientras que la investigación empírica busca formular generalizaciones sobre el comportamiento, basado en las observaciones, el enfoque cognocitivo consiste en la producción de modelos sobre cómo los seres humanos actuarían o deberían actuar en diversas circunstancias si lo hicieran racionalmente. El resultado de las investigaciones está ligado a la aplicación de los modelos de elección racional, teorías de juegos y otros tipos de modelos del actor racional (Riker y Ordeshook, 1973; Taylor, 1975; Kramer y Hertzberg, 1975; Downs, 1957). Para algunos, estos modelos sólo nos dicen cómo podrían comportarse los actores si actuaran racionalmente y son útiles en la medida en que podamos comparar el comportamiento real con el modelo, a fin de probar y explicar eventuales desviaciones. Para otros, en cambio, estos modelos representan el modo en que la gente efectivamente se comporta. La aceptación de la racionalidad deviene así una realidad (Riker y Ordeshook, 1973). Para otros, finalmente, los modelos racionales representan los modos en los que la gente debería comportarse si se adaptaran a las normas racionales y si tales normas fueran deseables en sí mismas. Por ello, éstos modelos pueden configurar mecanismos formales para calcular y evaluar el comportamiento racional, las estrategias efectivas de elección o también las estrategias óptimas.

No sólo la investigación empíricamente orientada sino también la filosofía política, se han favorecido del enfoque racional. Los modelos de elección racional le han aportado a la filosofía política, un aire de renovación. Durante el período conductivista, la investigación en el terreno ético había sido casi del todo olvidada, por las razones anteriormente mencionadas y los valores eran de vez en cuando considerados como meras expresiones de preferencia tal y como sucede en la economía. En el actual periodo post-conductivista se están desarrollando nuevas tentativas para demostrar que también existe una base racional para los argumentos y los juicios morales. La mayoría de los trabajos en este campo han sido inspirados en *Una teoría de la Justicia*, de John Rawls (1971) quien, también influenciado por los modelos económicos y la teoría de juegos, intenta desarrollar criterios de justicia válidos y verificables derivados de las hipótesis de la acción racional. Usando una convención semejante respecto del comportamiento racional, otros han tratado de desarrollar teorías morales de la igualdad, la libertad, la justicia internacional y la legitimación entre otras (Fishkin, 1982; Beitz, 1979; Lehrer y Wagner, 1981).

La filosofía política no ha sido la única beneficiada en este nuevo enfoque. Ha estado precedida y a su vez a perfeccionado el enfoque del actor racional en el campo del comportamiento electoral y de las elecciones públicas, al mismo tiempo que se extiende como una técnica en otros campos de la investigación politológica. En esencia, refleja la orientación teórica de la economía contemporánea y en efecto toma prestadas teorías económicas para aplicarlas a situaciones políticas (Downs 1957; Kramer y Hertzberg, 1975).

En áreas esenciales como las apenas mencionadas—análisis político, economía política y la que he definido, investigación política cognocitiva (modelos racionales y la nueva filosofía política)— ha sido difícil avanzar más allá de los intereses típicos del período conductivista y ampliar las perspectivas metodológicas. Sin embargo, en aquello que se refiere a los métodos de investigación empírica y a la premisa fundamental de que el comportamiento humano es susceptible de investigación científica, a despecho de la común y corriente crítica al método científico, se ha tenido mucho menos éxito en la búsqueda de una alternativa.

Actualmente, son pocos los que creen en la neutralidad de la ciencia. Que los conceptos científicos estén normativamente condicionados ya no puede ser negado, pero es igualmente cierto que ello no impide la búsqueda de un conocimiento y de una comprensión objetiva, puesto que si bien ambas concepciones son válidas, son un tema de numerosos debates (Lakatos y Musgrave, 1970; Suppe, 1977).

Pero, ¿qué alternativas ofrecen los críticos del método científico? Este es el verdadero problema el que se enfrentan. La única alternativa formal, es decir, la única alternativa que incluye algo similar a un método articulable, formalizable y transmisible a las generaciones futuras, es el método weberiano de la comprensión interpretativa (*verstehen*) o empática. Este método ha sido y continúa siendo muy discutido y en los últimos años, el interés por los escritos de Weber ha crecido enormemente. Hasta ahora nadie ha sido capaz de formalizar, estandarizar y sistematizar su método en modo tal de volverlo accesible a aquellos que quisieran aplicarlos, aunque no obstante esta dificultad, numerosos críticos radicales de las ciencias sociales convencionales han adoptado, en alguna forma, tal método, de manera implícita. Esto es tan extraño como su creador, Max Weber, que ha sido llamado el “Marx de la burguesía”.

El presente y el futuro

Las numerosas y a menudo contrastantes tendencias de la ciencia política

occidental posconductivista, dificultan el camino para llegar a conclusiones generales del estado en que se encuentra la disciplina. El hecho de que la ciencia política se encuentre en un proceso de cambio, nos impide hablar de una sola tendencia dominante o bien de una sola dirección dentro de la disciplina. Sin embargo, la mayoría de sus líderes siguen considerando al método científico como el más apropiado para la investigación social, después de que ha demostrado su éxito en las ciencias naturales, lo cual probablemente sea una tendencia importante.

Sin embargo, no sería acertado presumir que nuestra concepción del método científico sea la misma que teníamos en el período conductivista, pues está cambiando, seamos o no conscientes de ello. No estamos más anclado al ideal positivista de la ciencia. Una transformación está en puerta y bien puede sustituir aquella imagen con una nueva y esto es cierto, se trata probablemente del suceso más significativo que pueda acontecer en las ciencias sociales, aunque muchos científicos no le han prestado la atención debida.

El positivismo, como fue representado por el Círculo de Viena durante la década de los veinte, había sido ampliamente aceptado, aunque no conscientemente articulado en los años en que el conductivismo se estaba formando. En este contexto, el producto ideal de la investigación científica consistiría en un cuerpo de conocimientos basado en axiomas, con relaciones de enunciados y generalizaciones susceptibles de ser formalizadas en forma definitiva, gracias, sobre todo, al uso de las matemáticas y a las observaciones objetivas.

Este modelo es todavía aceptado por numerosos científicos sociales, especialmente por aquellos que trabajan en campos donde puede aplicarse, como por ejemplo la elección pública o los modelos racionales, en los que, sin embargo, la formalización matemática de las propuestas funciona sólo porque es intrínseca a los métodos de análisis. De cualquier modo, quedan amplios sectores de la ciencia política (en realidad la mayor parte) que todavía no han incorporado este tipo de producto intelectual, aunque también en estas áreas se recurre a investigaciones rigurosas según las reglas normales de la lógica, la cuidadosa selección de datos respetando los cánones de la ciencia y un análisis igualmente sofisticado de estos datos. No obstante ello, los resultados no están a la altura del ideal positivista de un complejo de propuestas axiomático y matemáticamente formalizado. ¿Significa esto que no son aceptables como conclusiones científicas? Durante la fase conductivista y positivista de la ciencia política la respuesta había podido ser afirmativa. Hoy, en el contexto de una concepción de ciencia menos rígida y todavía en desarrollo al interior de la

filosofía de la ciencia, se podría responder de manera diversa, es decir, aceptando una afirmación no axiomatizada y no matematizada como parte integrante del conocimiento científico incluso en su forma ideal.

La filosofía de la ciencia es aquella disciplina que se ocupa de la naturaleza de la ciencia, particularmente de cómo se adquiere el conocimiento (epistemología) y de cuál es la naturaleza del mundo que deseamos conocer y entender (ontología). Como en cualquier otra disciplina, las conclusiones de la filosofía de la ciencia también están sujetas a cambios y perfecciones. Como cualquier otro campo de investigación, también la filosofía de la ciencia crece y se modifica. Si bien en un tiempo los filósofos de la ciencia, bajo la influencia del primer positivismo, concibieron los resultados de la investigación científica del mismo modo que los positivistas del Círculo de Viena, hoy se están moviendo en una dirección con mucho menos rigor matemático, en la cual la ciencia ya no aparece restringida a un sólo género de productos formalizados según los cánones del positivismo clásico. Además, de manera más escéptica, los filósofos de la ciencia comienzan a reconocer que si queremos comprender la ciencia, no debemos basarnos solamente en un análisis abstracto de su naturaleza, (como descripción adecuada del modo en que procede para obtener conocimientos válidos) sino más bien, es necesario dirigir la mirada hacia lo que los científicos realmente hacen.

Cuando observamos realmente la historia de las prácticas científicas, encontramos una gran variedad de productos de investigación que son considerados más útiles y necesarios de cuanto habremos supuesto si estuviéramos rígidamente constreñidos a la interpretación positivista. En la actualidad, la filosofía de la ciencia está descubriendo la existencia de muchos resultados que parecen satisfacer a los científicos, desde el momento en que parecen poder responder al tipo de preguntas que se han colocado en una particular área de investigación, aunque también es cierto que no se adecúan a los modelos formales y matemáticos del primer positivismo como: los sistemas de clasificación; las taxonomías; y predicciones que hacer con modelos formales o propuestas matemáticamente formalizadas. Más aún, en las diversas ciencias en las que se aplica, como la botánica o la biología, son aceptados como productos finales (Hanson, 1969; Toulmin, 1972; Shapere, 1974; Suppe, 1977).

Si esto es así en las ciencias naturales, cuyo éxito a nivel de métodos no puede ser negado, debería suceder en las ciencias sociales. Desde este punto de vista, las clasificaciones sistemáticas de los fenómenos políticos, por ejemplo, o los esquemas conceptuales, como los que he desarrollado en mis reflexiones sobre

los sistemas, serían productos normales de la investigación científica tanto como cualquier generalización sobre la política o modelo matemático. La única pregunta que debemos hacernos es si, en el momento en que es formalizado, el producto intelectual satisface las necesidades de una disciplina que se supone científica como la ciencia política, en términos de comprensión rigurosa y verificable. Eso significa que si los conocimientos alcanzados sirven para obtener explicaciones plausibles o una adecuada comprensión sobre bases empíricas, entonces ésto es lo máximo que podemos pedir a los métodos científicos. Contrariamente a todo lo que el positivismo clásico pretendía hacer creer, la historia de la investigación en las ciencias naturales demuestra que no existe un único género de producto intelectual que pueda ser considerado adecuado e indispensable para alcanzar la comprensión de algún fenómeno específico.

Como ya lo he mencionado, la fase posconductivista está todavía en evolución y pasará algún tiempo antes de que se pueda afirmar de modo definitivo cómo se diferenciará del conductivismo: la indiferencia hacia el juicio moral; la excesiva propensión hacia proposiciones matemáticamente formalizadas; la atención prestada a criterios teóricos en detrimento de cuestiones sociales, y, el interés en las fuerzas sociales como determinantes del comportamiento, descuidando así importantes elementos cognocitivos (rationales) y la historia de los sistemas políticos que contribuye a construir su presente.

Si hacemos un intento por confrontar este tipo de problemas heredados del conductivismo, podemos todavía sostener que el propio posconductivismo está generando sus propias dificultades. Algunas de éstas son ya evidentes y otras sin duda emergerán tan pronto como las nuevas explicaciones agoten su propio potencial. Por ejemplo, al enfatizar la necesidad de aplicar el mínimo conocimiento disponible para la solución de problemas sociales urgentes, estamos sumergidos en graves dificultades para reunificar las disciplinas que son diferentes y altamente especializadas. Descartes nos ha enseñado que la comprensión requiere de la descomposición y del análisis del objeto de estudio, pero si la aplicación del conocimiento a la solución de los problemas sociales requiere de la recomposición de los conocimientos especializados de las diversas ciencias sociales, aún no sabemos cómo hacerlo. Además, la aplicación del conocimiento ha desviado los recursos disponibles por la continua investigación de conocimientos de base, por lo que nos vemos obligados a reformular la distinción entre investigación aplicada e investigación pura. Por otra parte, el empleo de las computadoras está claramente destinado a cambiar la naturaleza de los aspectos fundamentales de la investigación en todas las ciencias sociales, incluida la

ciencia política, de una manera en la que hoy es sólo conjetura. Finalmente, la creciente internacionalización de la investigación introduce problemas fundamentales sobre la universalidad de los conceptos en las ciencias sociales a diferencia de los condicionamientos culturales que operan sobre la mayoría de las reflexiones sobre problemas sociales. ¿Podremos desarrollar una ciencia social genuinamente supra-nacional, cuando las diferentes culturas nacionales afrontan problemas de comprensión de los fenómenos sociales de maneras tan diferentes y a menudo con conceptos tan diversos?

Discutir problemas como éstos nos llevaría muy lejos de nuestro presente objetivo: un análisis de las cuatro fases fundamentales (formal-legal, tradicional, conductivista y posconductivista) por las que ha pasado la ciencia política norteamericana en el siglo XX. Estos cambios, sin embargo, nos permiten prefigurar una quinta fase a la que todavía no hemos entrado.

Bibliografía

- Beitz, C.R., *Political theory and international relations*, Princeton, Princeton University Press, 1979.
- Bell, D., *The end of ideology. On the exhaustion of political ideas in the fifties*, Glencoe, Il. Free Press, 1960.
- Bentley, A., *The process of government*, Bloomington, en *Principia*, 1949 (originalmente publicado en 1908).
- Downs, A. *An economic theory of democracy*. New York, Harper, 1957.
- Easton, D., *The political system*, New York, Knopf, 1981a (originalmente publicado en 1953).
- *A framework for political analysis*, Chicago, University of Chicago Press, 1981b (originalmente publicado en 1965).
- "The political system besieged by the state" en *Political Theory*, 9, 1981, pp. 303-325.
- "The new revolution in political science" en *American Political Science Review*, 68, 1969, pp. 1051-1061.
- "The current meaning of *behavioralism* in political science" en *The Annals of the American Political Science Review*, octubre 1962, pp. 1-25.
- Eckstein, H., *Division and cohesion in democracy*, Princeton, Princeton University Press, 1966.

- Fainsod, M., "Some reflections on the nature of the regulatory process" en *Public policy*, Cambridge, Ma., Harvard University Press, 1940.
- Fishkin, J.S., *The limits of obligation*, New York, Yale University Press, 1982.
- Frolich, N. y Oppenheimer, J.A., *Modern political economy*, Englewood Cliffs, N.J., Prentice-Hall, 1982.
- Hanson, N.R. *Perception and discovery*, San Francisco, Freeman Cooper, 1969.
- Herring, P., *Group representation before Congress*, Baltimore, John Hopkins Press, 1929.
- Kramer, G.H. y Hertzberg, J., "Formal theory" en *Handbook of political science*, Reading, Addison-Wesley, 1975.
- Kuhn, T.S. *The structure of the scientific revolution*, Chicago, Chicago University Press, 1962.
- Lakatos, I y Musgrave, A., *Criticism and growth of knowledge*, Cambridge, Cambridge University Press, 1970.
- Lehrer, J. y Wagner, C., *Rational consensus in science and society*, Dordrecht, Reidel, 1981.
- Monroe, K., *Presidential popularity and the economy*, New York, Praeger, 1983.
- Ollman, B. y Vernoff, E., *The left academy: marxist scholarship on american campuses*, New York, McGraw-Hill, 1982.
- Poulantzas, N., *Political power and social classes*, London, New Left Books, 1973.
- Rawls, J., *A theory of justice*, Cambridge, Harvard University Press, 1971.
- Riker, W.H. y Ordeshook, P.C., *An introduction to positive theory*, Englewood Cliffs, N.J., Prentice-Hall, 1973.
- Shapere, D., "Discovery, rationality and progress in social science" en K. Schaffner y P. Cohen (eds.) *Actas de los encuentros bienales de la asociación de filosofía de la ciencia*, Dordrecht, Reidel, 1974, pp. 407-419.
- Suppe, F., *The structure of scientific theories*, Princeton, Princeton University Press, 1977.
- Toulmin, S., *Human Understanding*, Princeton, Princeton University Press, 1972.
- Truman, D., *The government process*, New York, Knopf, 1951.